

La esperanza de peregrinar a Santiago

Monseñor Julián Barrio, arzobispo de Santiago de Compostela

“Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre he pecado contra el cielo y contra ti” (Lc 15, 18). “Maestro, hemos estado bregando toda la noche, y no hemos cogido nada; pero por tu palabra, echaré las redes” (Lc 5, 5). Discernir el lenguaje divino en el peregrinar es revitalizar la esperanza cristiana.

En este Año Santo Compostelano el testimonio audaz del Apóstol Santiago nos ayuda a revitalizar la fe y la misión, recibida en el bautismo, para que en nuestro hoy la proclamación de Jesús en Nazaret sea el impulso de nuestra razón de ser para los demás: *“El Espíritu de Dios está sobre mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc. 4,18-19).

Seguimos avanzando en la celebración del Año Santo Compostelano. En medio de las lógicas precauciones con motivo de la pandemia son muchas las personas que mantienen la esperanza de peregrinar a la tumba del Apóstol Santiago, testigo de la humanidad

doliente y resucitada de Jesús, que abrazará el dolor del peregrino y se dejará abrazar por él. Esta pandemia nos ha hecho más conscientes de la vulnerabilidad de nuestras vidas. No es necesario ahondar en los sufrimientos derivados, que para muchos peregrinos se han convertido en parte de equipaje para el camino.

Junto a la tumba del Apóstol Santiago constatamos que la Tradición apostólica no es una reliquia del pasado, sino la fuente inagotable, que va ofreciendo el agua fresca del Evangelio de generación en generación. El Año Santo redescubre el lenguaje de lo divino y aviva la esperanza que no es un ingenuo optimismo basado en el cálculo de posibilidades y que nos lleva a edificar el presente y a proyectar el futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta la verdad y nunca la hiere y desde la justicia para todos comenzando por los pobres y débiles, buscando echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado.

La llamada a la conversión y a la reconciliación invita a participar en la alegría de Dios que goza ejerciendo la misericordia como se subraya en las parábolas del hijo pródigo y de la oveja descarriada. Como escribe Peguy: “El hecho es que una penitencia del hombre es una coronación de la esperanza de Dios. La espera de esta penitencia ha hecho saltar la esperanza

del corazón de Dios, ha hecho surgir un sentimiento nuevo, ha hecho brotar un sentimiento como desconocido en el corazón mismo de Dios, de un Dios eternamente nuevo. Y esta penitencia ha sido para él, en él, la coronación de una esperanza. Porque a todos los otros los ama en el amor, pero a la oveja descarriada la ha amado también en esperanza". De esta alegría estamos llamados a participar en este Año Santo. Saber que Dios espera algo de nosotros no nos puede dejar tranquilos y pasivos. Este tiempo de gracia nos ha de llevar a hacer feliz a Dios que nos espera. No vivimos solamente en la esperanza de la alegría sino también en la alegría de la esperanza. Así lo refleja san Pedro cuando escribe: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros...Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas" (1Pe 1,3-4.6).

Hitos del lenguaje de lo divino

He de referirme a la fe que nos convierte en cómplices del Señor y de su Reino, y también como al joven pescador de Galilea, en amigos del Señor, desarrollando una fisonomía espiritual marcada de

modo indeleble por el Evangelio¹. El peregrino a Santiago camina con la Iglesia para ser tocado por la Palabra de Dios y así ser sal, levadura y luz para los demás. Quiere reavivar su bautismo y aplicar el oído al corazón donde somos lo que somos. El Pórtico de la Gloria le recuerda que ha venido para el encuentro con el Resucitado. Ha seguido con sus propios pasos la huella que dejaron otros, la fe de la Iglesia. Llegando a Santiago se encuentra con el cimiento del testimonio apostólico. El final de la peregrinación es la Casa del Señor Santiago, pero la meta es la libertad del corazón, la dichosa libertad de los hijos de Dios a la que el Padre llama. Al peregrinar los ojos deben estar siempre fijos en esa meta, haciendo de la peregrinación un camino de transformación de la mente y del corazón.

Con esta reflexión no quisiera hacer más pesadas las mochilas o el equipaje del peregrino, sino más decididos y ligeros los pasos para encontrarse con quien le llamó a salir de su tierra, y de su casa. La libertad, atenta al susurro de la conciencia, irá guiando hasta Cristo, la propia meta hacia la que se encamina y que le sale al paso. Con San Pablo se puede decir: *“Es evidente que sois carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de*

¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en Santiago de Compostela*, noviembre de 2010.

carne" (2 Cor 3,3). *La Puerta Santa* de la misericordia y del perdón se abre en la Catedral para que, cuando el peregrino atravesase su umbral, se transforme en alguna de aquellas estrellas refulgentes que, mirando el firmamento, intentó contar Abrahán cuando Dios le llamó a salir de su tierra. La peregrinación comienza hace unos cuatro mil años, manteniendo vivo el éxodo de un anciano pastor, Abrahán, a quien la promesa de Dios le despertó la esperanza, promesa de futuro y de vida. Él comenzó su marcha porque Dios le había llamado para todos los que peregrinan en este Año Santo, y para toda su descendencia, que es la Iglesia, *pueblo de Dios en peregrinación*. Cierta día, junto al mar de Galilea, un joven pescador llamado *Santiago*, escuchando la llamada de Jesús, dejó las redes del pasado que trababan su libertad, se convirtió en discípulo y, como aquel anciano patriarca, también se puso en camino siguiendo al Señor. Abrahán es para el peregrino el origen de su éxodo, y este joven Apóstol, el testimonio de *la libertad de los hijos de Dios*. En los motivos que impulsan a venir a Santiago, individuales en su superficie, se descifra la historia colectiva de una gran familia, tan numerosa "*como las estrellas del cielo y como la arena de la playa*" (Gn 22, 17). El peregrino percibe que Cristo llama para que sea protagonista de una Tradición Viva para una misión: evangelizar.

Aquel día Abrahán emprendió su éxodo, signo de peregrinación. Dios le abrió el oído y eso le puso en marcha: *“Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré (Gn. 12,1). “La fe está vinculada a la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz”*². Así comenzó la marcha hacia la libertad para toda su descendencia. Su fe es ahora cayado para el peregrino. Su confianza en la promesa rasga el hoy para que se abra en el peregrino el futuro que ofrece Cristo. Abrahán dejó atrás sus seguridades e inauguró la historia que desemboca en una descendencia nueva nacida de la escucha que da la libertad. El premio que se le prometía a Abrahán no era algo que le enriquecería a él solo y a su linaje, sino a la descendencia universal, que es la Iglesia. Del mismo modo, la recompensa al llegar a Santiago no enriquecerá sólo al peregrino, sino a todos para los que ha sido llamado.

Abrahán es el padre de la fe, porque fue el primero en acoger a Dios y, por eso, su premio es Dios en la compañía de todos los creyentes: *“mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios”* (Heb 11, 10). El peregrino ve que su anhelo es personal e íntimo, con los matices propios de su biografía, pero nacido de una comunidad histórica y de un pueblo en salida, la Iglesia. No peregrina solo para él,

² FRANCISCO, *Lumen fidei*, 8.

ni puede por él mismo recorrer el camino y llegar hasta la meta. El Dios de Abrahán es el Dios de la promesa para *la libertad de los hijos*. El pueblo que escucha su voz se hace libre, y tiene la experiencia de que Él llama, guía y acompaña. Esa voz se hizo Palabra y Carne en el Hijo, que no solo nos libera de la esclavitud de nuestro pecado, sino que nos pone en camino hacia la dichosa libertad de los hijos. Es el Dios de un hoy no cerrado sobre sí mismo, sino de un presente que empieza a liberarse y plenificarse por el futuro realizado de una vez para siempre. Ese futuro es su Hijo Jesucristo, es el de los hijos definitivamente liberados en Él.

El peregrino no está imitando una costumbre popular; tampoco le mueve un afán de perfección para él mismo: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*³. Quien se pone en camino, ha presentido antes un encuentro y una llamada. *“Tú no me hubieras buscado, si yo no te hubiera encontrado”*⁴, confesaba san Agustín. ¿No es un auténtico milagro que el peregrino pudiera advertirla en medio de las distracciones diarias? Esa llamada lo pone en camino, lo saca de su presente inmediato, y, lo más importante, lo libera de sí mismo para guiarse hasta el Inesperado:

³ BENEDICTO XVI, *Deus charitas est*, 1. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 7.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Lib. X, cap. XVIII y XXIX.

“La fe requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión, es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio de un Rostro que quiere revelarse”⁵. Quien se encuentra con ese Rostro, no puede permanecer con vida, muere a su egoísmo, a sí mismo, para recibir de Él una vida nueva, no para sí mismo, sino para los demás.

La fe es luz para libertad aunque no evita dar los pasos y recorrer el camino. No es ningún un atajo, al contrario, despierta la libertad y la conciencia, no la suplanta; tampoco evita las dudas que surgen en todas las encrucijadas. Llama a asumir, a pesar de sus contradicciones, la cruz que conlleva la realidad concreta (Cf. Mc 8, 34). Eso sí, clavado en ella no como un destino fatal ante el que resignarse, ni tampoco con un rictus de amargura, ni a la fuerza, sino entregándote con valor y entera libertad, como lo hizo Jesús. **Por eso, la fe empuja a la aventura más arriesgada de la vida: hacerla fructificar allí donde uno está y en las condiciones dadas. Sin embargo, en la cultura del bienestar que hemos ido construyendo, el escrupuloso celo por cumplir estricta y únicamente con nuestra responsabilidad legal y solo con ella, nos retrae de acciones valientes y generosas por el bien de los demás, perdiendo así la ocasión de entender nuestro trabajo o**

⁵ FRANCISCO, *Lumen fidei*, 13.

profesión como servicio a los otros. La fe no es la solución a las preguntas que el peregrino se hace, es la pregunta que Dios le hace a él. Adentra en un camino que no ha trazado. Abrahán por la fe se puso en camino *sin saber adónde iba* (Cf. Hbr 12,). Ese camino lo ofrece quien le llama a ser hijo. El miedo no ha de amarrar la libertad que no está en nosotros, sino en la llamada que Dios ofrece. El peregrino no dejará de ser esclavo sin dejar la tierra de sus seguridades, y sin correr el riesgo de perder el equilibrio, como el niño que aprende a andar. La fe es una certeza que se madura en el riesgo, en la adversidad y en la incertidumbre del que sigue no su propia llamada, sino la voz de Dios. *“La luz de la fe no disipa nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y eso basta para caminar”*⁶. Compromete todo el ser porque es, en realidad, Dios dándose a nosotros. Por eso, *“perder la fe es perder mucho más que una certeza intelectual; es perder el último apoyo de toda una experiencia, porque el justo vivirá por la fe”* (Cf. Gal 3,11). Ella, no es un don especial a cada individuo para que pueda creer una serie de verdades, sino para todo un cambio de mentalidad y actitud, para una conversión. Es *la decisión* con mayúsculas de nuestra vida. Con ella, el Dios omnipotente se hace más débil que sus propios hijos, y permanece a la espera de ser

⁶ FRANCISCO, *Lumen fidei*, 57.

acogido. Abrir esa puerta supone el coraje de cortar las amarras que nos atan al propio yo, es decir una circuncisión del corazón, de la mente, de la voluntad (Cf. Rom 2, 29). La fe no teme implicarse en la complejidad de las cosas, ni permanece inmóvil por el temor a no acertar siempre al intentar mejorarlas. Porque, ¿qué es creer en Dios sino comprometerse decididamente con su iniciativa en nosotros y en los demás? *“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”*⁷ escribe el papa Francisco.

El amor

El peregrino sale de su tierra, y como Abrahán, ha emprendido un éxodo personal, un auténtico éxtasis, un dejar atrás su yo para ir hacia el tú de Dios y el tú del hermano. ¿Qué es sino el amor, más que salir de uno mismo para hacer del extraño su centro? *“El amor es éxtasis, no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí, y precisamente, de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún hacia el descubrimiento de Dios”*⁸.

El Camino de Santiago acoge a todos los que presienten la voz de Dios, aunque muchas veces no sean

⁷ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 49.

⁸ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 6.

conscientes de ello. Este Camino de conversión, ofrecido a todo el que desee acoger la experiencia, no exige una previa “selección de candidatos”, ni tiene tampoco “numerus clausus”. Uno de sus valores permanentes estriba en que pone en contacto directo al alma y a Dios, incluso para quienes todavía no han descubierto la fe cristiana, sintiendo a la Iglesia lejana. Por eso necesitan que ella les arrime una luz cercana, paciente y acogedora, que les ayude a interpretar su experiencia y a releer el Evangelio que tenían ante los ojos, como supo hacerlo el Apóstol Felipe con el alto funcionario de la reina de Candace (Cf. Hch 8, 27-30). Ciertamente, Dios ofrece a todo peregrino un camino solo por Él conocido. Pero, “¿Cómo podrá reconocerlo si nadie le guía?” (Hch 8,31).

La inmediatez a la que estaban sometidos muchos peregrinos no les dejaba libre el corazón para bombear sus deseos más profundos. Conforme peregrinan, advierten que, en medio de sus ocupaciones y trabajos, están los rostros que encarnan a los bienaventurados del Evangelio, y que, en esos mismos rostros y en sus luchas, estaba Jesús hablándoles. Durante el camino, ya sea en el encuentro con otros peregrinos, o en los oasis que les proporciona la oración en común, se sienten como sacudidos por una inquietud: “¡Jesús nos necesita!”. **Hay que ser capaces de escarbar**

entre la hojarasca de eslóganes, podcast y reclamos, para dar con la verdadera felicidad y con el sentido que le quieren dar a sus vidas. “Cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan a personas esclavizadas por diversas adicciones en los lugares más pobres de la tierra, se desgastan en la educación de los niños y jóvenes, o cuidan de ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre”⁹. El peregrino trata de liberarse de ilusiones, quiere deshacer los prejuicios del corazón, y desea ser libre. Peregrina para dejarse encontrar por Cristo que vive, recorriendo con los pasos de su libertad la conversión que hizo Santiago, el joven pescador de Galilea.

La Iglesia, pueblo de Dios *en salida*

El papa Francisco nos urge para que toda la Iglesia *esté en salida*. Esto implica dar el paso audaz y confiado de Abraham, saliendo de la casa paterna; abandonar nuestras redes y la seguridad paterna como el Apóstol Santiago, esto es, la burbuja que nos aísla del resto del mundo y nos vuelve autorreferenciales; y salir sin miedos de las seguridades y de las comodidades, de los egoísmos y de las inercias; de la autopreservación

⁹ *Ibid.*, 76.

que late muchas veces en nuestras parroquias y comunidades, y donde se conjura el riesgo de cualquier cambio, con el pretexto de preservar “la verdad”. Es preciso salir hacia los cruces de los caminos, hacia los últimos donde está Cristo esperándonos.

¿Cómo es posible que parezcamos vivir nuestra fe más como renuncia cuaresmal que como encuentro pascual con Cristo? ¿Dónde quedó la alegría del que encuentra el tesoro escondido en el campo, ese tesoro por el que merece la pena venderlo todo para adquirirlo? (Cf. Mt 13, 43). ¿Habría cautivado más nuestra atención el campo que el propio tesoro escondido en él? Si en nuestro anuncio hacia los demás hemos sobreacentuado el sacrificio, tenemos que pararnos y preguntarnos si, tal vez en algún momento, no hemos perdido de vista lo más importante. Si un cristiano se queda mirando su propia renuncia, posiblemente no ha descubierto todavía el tesoro que la motiva. *¿Qué deseas?* Preguntó Jesús a la madre de Santiago y de su hermano Juan (Cf. Mt 20, 21). Esa pregunta se nos sigue haciendo hoy a todos.

Hemos dejado que el Evangelio se deslizara hacia un moralismo que buscaba cierta perfección, no la de la misericordia de Dios “*que hace salir su sol sobre malos y buenos*” (Mt 5, 45). Hemos estado más atentos a los errores, y menos sensibles a los procesos de las

personas¹⁰. Por momentos, parece que la planta de ese moralismo creció más en la mente y en el corazón de los cristianos que la misma Palabra de Dios. ¡Vigilemos para no reducir la Buena Noticia a una conducta individual “correcta” y pía para el más allá!

Más allá del bosque doctrinal se debe señalar el árbol del que realmente tiene hambre la gente. Ese Árbol es el Hijo de Dios que hunde sus raíces en el Padre y se hizo fruto para todos nosotros, creciendo en sabiduría y estatura en el taller de la humanidad. Desde entonces, los procesos son los mensajeros de Dios en la vida de las personas. Abramos los ojos para reconocerlos y alentarlos. De lo contrario, nuestra evangelización se parecerá a un extenuante esfuerzo por convencer a los que “no creen”, y a un señalar cartesianamente con el dedo a “los de dentro” y a “los de fuera”, en lugar del reconocimiento gozoso por nuestra parte de que la gracia de Dios ya, de algún modo, está actuando en sus vidas¹¹.

El Papa no nos apremia a un cambio por el cambio. Nos advierte que hemos de llevar bien pegada a

¹⁰ En este sentido, el papa Francisco en *Amoris laetitia*, 37: “Nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas”.

¹¹ Cf. BENEDICTO XVI, Misa de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano: “La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1 Jn 4, 10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por “atracción”: como Cristo “atrae a todos a sí” con la fuerza de su amor”.

nosotros la lámpara del *discernimiento*, para que seamos fieles al Evangelio estando atentos a los signos de los tiempos. *“Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento”*¹². Es verdad, si no nos dejamos guiar por esa luz, nos expondremos a las mareas, cambiantes y efímeras, de las ideologías y de estilos pastorales que en lugar de métodos se hacen fines en sí mismos.

Como dijo en su día Benedicto XVI, seamos *“humildes trabajadores en la viña del Señor”*, esto es, operarios de la viña y no dueños de la misma, que despierten procesos hacia el Evangelio al que servimos. De esta forma, el legítimo centro de las personas y de nuestra acción evangelizadora será Cristo, y no nosotros. Tengamos muy presente la tentación de la madre del Apóstol Santiago para no caer en ella. Pide para sus dos hijos un privilegio por encima del resto: *“no sabéis lo que pedís”*, les responde el Señor (Cf. Mt 20,22). En esa tentación reconocemos la nuestra, y la de la Iglesia de todas las épocas, cuando se mira a sí misma y trabaja por el campo y no por el tesoro escondido en él. Pero nuestras sombras no logran eclipsar la luz del Sol: *“Jesucristo se hace en cierto modo nuevamente presente, a pesar de todas las aparentes ausencias, a pesar de todas las*

¹² FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, 167.

limitaciones de la presencia o de la actividad institucional de la Iglesia"¹³. El Espíritu del Resucitado nos empuja a evangelizar a los pobres, no a la expansión que nos asemeja a una institución más. Seamos libres para compartir y ser buena noticia para el sufrimiento de los últimos, así como Jesús, sabremos reconocer en ellos a los bienaventurados de nuestro tiempo.

Desde Santiago, lugar del sepulcro del Apóstol, acogemos la llamada a no resignarnos a contemplar de brazos cruzados cómo la Iglesia se va convirtiendo en una especie de cristianismo de museo. Este Año Santo es una oportunidad de gracia del Señor para que también en este jubileo se realice en nuestra Iglesia la profecía de Ezequiel: *"La mano del Señor se posó sobre mí. El Señor me sacó en espíritu y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Y me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran muchísimos en el valle y estaban completamente secos. Me preguntó: Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos? Yo respondí: Señor Dios mío, tú lo sabes. Él me dijo: Pronuncia un oráculo sobre estos huesos, y diles: ¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo mismo infundiré espíritu sobre estos huesos y viviréis"* (Ez 37, 1-5). La realidad no es una amenaza, sino una llamada. Si no nos hacemos Buena Noticia para los descartados de esta sociedad, ni sal para esta tierra que nos sostiene,

¹³ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 13.

si no abrimos la mente y el corazón a los que su indiferencia hace vivir con los ojos cerrados, si no damos testimonio con pasión de que Dios está de parte de los últimos, *“derribando del trono a los poderosos y enalteciendo a los humildes”* (Lc 1,52), es porque nos estaremos volviendo impermeables al Espíritu con el que fuimos ungidos en el bautismo.

El Camino de Santiago viene secularmente convocando a cientos de miles de peregrinos en búsqueda de las raíces históricas de la fe apostólica. Todo un signo de los tiempos, avistado ya en su momento, por san Juan Pablo II, y que subraya que el catolicismo es multicultural: *“En la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que permaneciendo uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado”*¹⁴. Por eso, el papa Francisco, llegado “desde el fin del mundo” nos dice: *“No es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto con la propuesta del Evangelio. El mensaje que anunciamos siempre tiene algún ropaje cultural, pero, a veces, en la Iglesia, caemos en la vanidosa sacralización de la propia cultura”*¹⁵. Convirtámonos por el Espíritu en piedras vivas de una Iglesia que peregrina cada día

¹⁴ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 40.

¹⁵ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 117.

gracias a la Palabra. Una Iglesia implicada en la realidad concreta y atenta para colaborar entusiasta y sin demora en el futuro que Dios ya realizó en Cristo. Desde ese futuro, seamos, fermento, y, a la vez, cuestionamiento para esta sociedad. Cuánto más complejos son nuestros desafíos, son una oportunidad que no podemos desperdiciar si los afrontamos desde el cimiento de valores que nos dieron origen y desarrollo. Hay cantos de sirena que incitan a resetear nuestra historia, nuestra cultura e incluso nuestra naturaleza humana desde cero. Sin embargo, *“el hombre no se crea a sí mismo, es espíritu y voluntad, pero también naturaleza”*¹⁶.

En nuestra cultura, se publicitan los logros como si nosotros, contemporáneos, fuésemos los inventores del progreso, por fin, sin el lastre pesado de las tradiciones. Habrá que podar el árbol, pero no dejarlo sin raíces. De lo contrario, podría ser una bella flor sostenida en un vaso de agua: una imagen hermosa sí, pero sin humus, ni vida por dentro: la comunidad del utilitarismo y del esteticismo, pero sin el cimiento de la verdad del ser humano. *“¿No es motivo de sorpresa el que la Europa de hoy, mientras quiere presentarse como una comunidad de valores, conteste cada vez más el hecho de que haya valores universales y absolutos?”*¹⁷.

¹⁶ FRANCISCO, *Laudato si*, 6. En este mismo sentido, ya el Concilio Vaticano II en su *Gaudium et spes*, 53: *“Siempre que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura están en la más íntima conexión”*.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso*, o.c.

Hasta la ciudad del Apóstol Santiago vienen peregrinos de otros continentes, de otras nacionalidades y de otras culturas. Para ellos, esas diferencias idiomáticas no suponen una barrera en la comunicación, las viven como un enriquecimiento que da la complementariedad. **El Camino de Santiago da la oportunidad de convivir y compartir sin miedo ni desconfianza con el que es distinto. La fe cristiana crea comunión y, a la vez, resalta lo singular. Constatamos en Santiago que todas las culturas están llamadas, sin perder sus matices, a abrirse unas a otras, y que cualquier ser humano puede reconocer en su semejante, forastero o desconocido, a su prójimo y a su hermano.** *“En Santiago, ciudad del extremo Occidente de Europa, confluye el entero Continente. En ella se encuentran el centro y la periferia. Es por tanto un lugar altamente simbólico para descubrir la gran riqueza de Europa unida en su tradición religiosa y cultural”*¹⁸.

Sandalias para la esperanza

*“Haz que resuene en lo alto la esperanza”*¹⁹, son las palabras orantes que Dante ponía en boca de Beatriz dirigidas al apóstol Santiago. *“Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy gran misericordia. Da lo que mandas y*

¹⁸ FRANCISCO, *Mensaje al Presidente del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas*, Roma, 23 de septiembre de 2019.

¹⁹ DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, canto XXV: *“Entonces dijo Beatriz riendo: Oh ínclita alma por quien se escribiera la generosidad de esta basílica, haz que resuene en lo alto la esperanza: puedes pues tantas veces la has mostrado, cuantas Jesús os prefirió a los tres”*.

manda lo que quieras"²⁰, escribió san Agustín. Para la Iglesia *en salida* que queremos ser, necesitamos unas sandalias nuevas, las de la esperanza. Las que el padre de la parábola mandó poner al hijo pródigo. El vino nuevo de Jesús necesita de odres nuevos. A esto advertía Jesús anunciando su Reino y urgiendo a la conversión. Las sandalias nuevas para seguirle son las que recibimos al ser reconciliados con Dios y con el prójimo como las recibió también el hijo menor de la parábola (Lc15, 22). Esto requiere la purificación de todos los dinamismos excluyentes personales y eclesiales. Se necesita, además, del perdón de Dios sacramentalmente celebrado y compartido. El sacramento de la penitencia no reconcilia únicamente con Dios, sino también con los demás, cuerpo de Cristo, a quien nuestro pecado hiera. De esta forma, podremos, una vez reconciliados unos con otros, *presentar nuestra ofrenda ante el altar* (Cf. Mt 5, 23-24), pues en lugar de estar sometidos a nuestros deseos, nos hacemos como Santiago, amigos del Señor, y esclavos unos de otros por amor (Cf. Gal 5, 13-15). La esperanza se recorre con sandalias nuevas.

La esperanza no puede nacer de la opulencia ni tampoco de una Iglesia acomodada en la autoconservación, orgullosa del prestigio y reconocimiento de los hombres. La Iglesia sigue a un

²⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, BAC, Madrid 1955, Lib. X, cap. XXIX.

Crucificado, y es al Padre y no a nosotros a quien queremos que ellos den gloria. Por eso, las sandalias nuevas de la Iglesia son las de la esperanza, porque facilitan el caminar, y “pisar” aclamaciones o rechazos al seguir a Jesús, sin desviarnos ni a izquierda ni a derecha de la misión del servicio a los hombres. El Padre ha llamado al peregrino para que ahora se convierta en providencia para los demás. ¿Cómo si no, podrá experimentar la cercanía de Dios y la ayuda concreta que el peregrino agradece ahora, quien lo necesita? Finalizada la peregrinación, toca reconocer en la llamada de los hermanos la voz de la Providencia que le da la oportunidad de hacerse prójimo para ellos, es decir, de dar testimonio después de echar las redes en su nombre.